

VOCACIONES DE AYER Y DE HOY



Por Julián Granado

Me lo decía un compañero de generación, en ese tono neutro del que no quiere hacer sangre:

-En los hospitales, y en la Asistencia Primaria, los jóvenes colegas de hoy no tienen nada que ver con los jóvenes de ayer que éramos nosotros.

Aun sin tenerlo muy claro, algo de eso había deducido yo de mis esporádicas visitas a Urgencias, para recibir atención personal o familiar. Lo tenía visto y comprobado: como se me ocurriera identificarme -"soy médico"-, el residente de turno se envaraba de inmediato, y empezaba a tratarme de usted. Un tratamiento más gerontológico que correcto, y más distante que cordial. ¿Pensaría que espiaba su profesionalidad, o la sopesaba acaso como un inspector de Sanidad? Eso hubiera sido muy tonto por mi parte, ya que, por lo que respecta a decisiones médicas, "por protocolo" aquel residente no adoptaría ninguna. Como no fuese para solicitar

bioquímica y hemograma, uroanálisis, placa radiológica y/o TAC. ¿Se puede pedir más? No, pero el joven residente se limitaría a pasarle luego los resultados a su jefe de guardia, que sería el que obrara en consecuencia.

Los residentes de hoy son, pues, la equivalencia de los alumnos internos que éramos nosotros en nuestra época. Y que, se hallase más o menos abarrotada la sala de espera, veíamos seguir siempre la misma sistemática. Antes que nada, preguntar (¿qué le pasa, desde cuándo, a qué lo atribuye?). Luego mirar, palpar, oír, percutir: explorar, en suma. Y solo después esbozar un diagnóstico diferencial, en función del cual solicitar pruebas complementarias razonadas para descartar eventualidades.

Esa era la medicina que nos enseñaron. Bien distinta de la que se aplica hoy, a base de impersonales protocolos ba-

sados en la evidencia. No digo que más ni menos efectiva. Si está cambiando el clima, ¿no va a cambiar la cronopatología? Claro que sí, radicalmente. Así como las formas de expresión de las enfermedades, por grupos de edades, de hábitos, de genética familiar y de extracción social incluso.

Pero, sin ánimo de polemizar sobre lo nuevo y lo viejo, solo hay un aspecto, uno solo, que me gustaría saber si sigue vigente: y es ese carrusel de fascinantes descubrimientos que te brindaba, en su transcurso, la entonces Licenciatura y ahora Grado de Medicina. Esa titulación que nos iguala (o eso quiero pensar) a mí y a este bisoño residente de nuestro días.

«Los residentes de hoy son, pues, la equivalencia de los alumnos internos que éramos nosotros en nuestra época»

En mis tiempos, y ya en el primer año, descubrías la Bioquímica y su ciclo de Krebs, esa cocina en las entrañas celulares, que tantos fenómenos macroscópicos explicaba. Luego la Histología, la pura vida vibrando bajo la lente microscópica. Después la Anatomía, desplegando

a todo color el atlas del cuerpo y sus secretos desfiladeros, que con tizas de colores, sobre la pizarra, dibujaba por planos el buen profesor anatomista. Y la sala de disección, y el cadáver sobre el

que podías comprobar cómo era cierta la visceralidad que te había sido descrita.

Para, de la naturaleza muerta, pasar a las primeras clases de Fisiología, en las que desvelaba

sus secretos la máquina perfecta que somos. O casi somos. A veces algo se nos rompe o corrompe, y a demostrarlo in extremis acude la Anatomía Patológica: el patólogo, ese señor que siempre tenía la última palabra al cabo de las sesiones clínicas. Y en su afán por borrarle aquella sonrisita de científica suficiencia ponían todo su empeño los internistas: las especialidades médicas, y su arte de diagnosticar y curar en consecuencia.

Por no hablar de las quirúrgicas, que otorgaban derecho (previa asistencia del anestesista) a meter mano directamente en las interioridades del organismo vivo, con la decidida intención de sanarlo. Ignoro si en nuestros días, con tanta endoscopia y cirugía mínimamente invasiva, tienen ocasión los pupilos residentes, tras penetrar por primera vez en un quirófano, de asomarse a un campo quirúrgico: un abdomen expuesto a cielo abierto, un corazón de latido sus-

pendido por la extracorpórea, la nacarada corteza cerebral espiada por la ventana de una craneotomía... Una experiencia de inenarrable realismo. Como verse arrastrado a la batalla después de haber oído hablar de la guerra.

Ese tipo de espectáculos (como visiones de otro mundo que es el de nuestra propia anatomía) son de los que amarran vocaciones. Y por eso, insisto, me gustaría saber si los residentes actualmente en formación viven dichas experiencias bautismales con la fuerza y la pasión que las recuerdo yo.

Solo por comprobar si, al presenciarlos, sigue saltando en su interior el mágico resorte: el que te dice que, en efecto, ese y no otro es el camino vocacional que, definitivamente, debes emprender.

Julián Granado es médico estomatólogo y escritor.

